

AYLLU-SIAF, Vol. 3, N° 1, Enero-Junio (2021) pp. 139-146

ISSN: 2695-5938 e-ISSN: 2695-5946

DOI: 10.52016/Ayllu-Siaf.2021.3.1.8

MARIO VARELA, ENFERMEDAD, BIOGRAFIA Y DESTINO,
SANTIAGO DE CHILE, EDITORIAL MEDITERRÁNEO, 2020.

Jacinto Choza, Universidad de Sevilla, España.

Recibido: 2021-03-07

Aceptado: 2021-03-17

El Profesor Mario Varela publica ahora el libro *Enfermedad, Biografía y Destino* (Santiago de Chile, Editorial Mediterráneo, 2020), en el que condensa y expone su saber hacer, que ha consolidado en el mundo académico y en el clínico durante más de 50 años.

Es un orgullo para Chile, que le otorga el jueves 14 de noviembre de 2019 el premio Maestro de la Psiquiatría Chilena 2019, y un honor para mí, que tengo la suerte de presentar a los lectores la figura y la obra del doctor Varela.

A lo largo de su ejercicio médico, Mario Varela lleva a cabo una síntesis entre el *Ello* de Freud y el *Sí mismo* de Heidegger, y al mismo tiempo una síntesis entre las formas de la desesperación de Kierkegaard, las formas de la mala conciencia de Sartre y las formas de la inautenticidad de Heidegger. Los modelos teóricos de esos autores le sirven para construir su modelo propio, y aplicarlo para realizar una terapia que tiene como guía la patología general de Viktor von Weizsäcker, el descubrimiento de la Antropología médica.

En efecto, en esa terapia Mario Varela ejercita y realiza las formulaciones teóricas desarrolladas por Viktor von Weizsäcker en su obra teórica y en su práctica clínica, en una línea continuada posteriormente por Heidegger y Medard Boss en los seminarios de Zollikon (Suiza), según la cual el

enfermo es el hombre y el diagnóstico de la enfermedad se encuentra en su biografía. Por eso “la historia clínica es la verdadera anatomía patológica de la Antropología médica”.

Ese es el rumbo y el cauce que Freud le da a la medicina a partir de 1900, y Mario Varela recorre ese trayecto iniciado hace más de cien años, con una conciencia histórica que ni los filósofos ni los clínicos de los siglos XIX y XX podían tener. El libro proporciona una visión plena y lúcida del quehacer médico en general y psiquiátrico en particular, a la altura de su tiempo.

Esa exposición es a la vez una explicación y una comprensión de la deriva de las ciencias de la naturaleza hacia las ciencias del espíritu, y de ambas hacia una singularización y personalización de los saberes.

Las revoluciones industriales llevan a los seres humanos, desde una esperanza de vida media de 50 años y una jornada laboral de 60 horas semanales a mediados del siglo XIX, a una esperanza de vida superior a 80 años y una jornada laboral de 35 horas semanales a comienzos del siglo XXI.

Ese aumento de la esperanza de vida se debe al desarrollo de la medicina, el desarrollo de la microbiología, la inmunología, y de todas las ramas de la medicina naturalista, en general, a la vez que al desarrollo de los sistemas de administración pública y la industria.

En efecto, el alcantarillado de París se debe a las reformas urbanísticas de Haussmann a partir de 1850, que pasan a adoptarse en todas las ciudades, y la conservación sana de los alimentos se generaliza a partir del nacimiento de la industria del frío y de la generalización de los frigoríficos a partir de 1950. La higiene pública, por una parte, asumida como tarea por la administración y la industria, y la medicina, por otra parte, son responsables de que la vida humana registre un salto de calidad muy perceptible a lo largo del siglo XX.

El conocimiento de los procesos físicos de la naturaleza, y la intervención en ellos, eleva la esperanza de vida de un modo que hubiera sido imposible con cualesquiera otros procedimientos.

Los médicos también lo comprueban, pero asimismo comprueban que no todos los pacientes son igualmente vulnerables a los mismos microbios, y que no todos los organismos responden de la misma manera a las vacunas. Hay una parte de la medicina que es ciencia de la naturaleza y otra parte que es tramitación personal de los recursos biológicos propios.

Esta doble vertiente de lo que es universal y propio de la naturaleza, y de lo que es singular y propio de la persona, lleva, en las universidades alemanas, a un debate y un esclarecimiento sobre el método de las ciencias de la naturaleza o nomotéticas, y ciencias del espíritu o idiográficas, que se inicia a finales del siglo XIX y dura todo el siglo XX. En el epicentro de ese debate se sitúa la medicina, que aparece como un saber equidistante y mixto desde este punto de vista.

Una vez delimitados bien los métodos, y a partir del siglo XX, las ciencias de la naturaleza empiezan a configurarse como ciencias históricas, y como ciencias de lo singular. Cuando la astrofísica empieza a considerar la hipótesis, repetidamente confirmada a lo largo de todo el siglo, de que el universo tiene un comienzo, una historia y probablemente un final, con alteraciones perceptibles en sus leyes según las distintas fases, la cosmología e incluso la física se transforman en ciencias idiográficas. Parece que también hay una neonatología y una pediatría del universo. Hay una historia del tiempo, de las galaxias, de las estrellas, etc.

Los filósofos de la Grecia Clásica, Platón y Aristóteles, habían dicho que sólo hay ciencia de lo universal, y que solamente sobre lo universal cabe un conocimiento objetivo y verdadero, es decir, científico, demostrable, necesario.

Sin quitarle ninguna de sus cualidades al conocimiento y las explicaciones científicas, en el siglo XX tiene lugar un proceso de singularización del saber, que apunta, no a las leyes universales y a la explicación por las causas necesarias, sino al caso singular e irrepetible y a su comprensión en tanto que tal, especialmente cuando se trata de vivientes, y más aún de vivientes humanos.

Así, en el siglo XX se desarrollan saberes como la inmunología y la genética, entre otros, que pretenden un conocimiento del individuo en tanto que tal, de su funcionamiento particular, único e irrepetible, y de su comportamiento singular.

Ese proceso de profundización en lo singular no solamente se da en la física y en la biología. Se da también en las ciencias que ya se ocupaban del espíritu personal, pero que lo estudiaban desde el punto de vista de su naturaleza, de su esencia universal, y pasan en el siglo XX a estudiarlo desde el punto de vista de su singularidad personal.

Así, la filosofía se ocupa menos de la esencia universal, deja de ser un saber esencialista, para ocuparse de la persona singular en su duración

concreta, y pasa a ser existencialismo. La lógica y la epistemología abren espacio para la comprensión y la interpretación del discurso singular, para la comprensión intersubjetiva, y aparece así la hermenéutica. La ética pasa de fundamentarse en la naturaleza para fundamentarse en la conciencia, y pasa de ser una ética de normas objetivas a ser una ética de situación.

Ocurre algo análogo en la teología. La teología de las fórmulas objetivas hace espacio también para una teología existencial, para la comprensión de la relación del hombre con Dios en la intimidad de la conciencia personal. La interioridad personal pasa a ser el centro de la religión, más que el templo y el culto, más que la ley moral y las normas, y más que los dogmas y las formulaciones teológicas. Es la tarea y la lucha de los teólogos innovadores del siglo XIX, como Newman y Kierkegaard, y en el siglo XX como Edith Stein, Guardini o De Lubac, entre otros muchos.

En Derecho y en política, el siglo XIX y la primera mitad del XX viven la proclamación y protección de los derechos humanos de la igualdad, de los derechos que todos comparten, y la segunda mitad del siglo XX y el XXI viven la proclamación y protección de los derechos humanos de la diferencia, los derechos de la conciencia, de la singularidad personal, única e irrepetible.

Hasta el siglo XX el conocimiento versa sobre lo objetivo, universal y demostrable, y pertenece al orden de la explicación y de la necesidad. En el siglo XX y XXI versa sobre lo subjetivo, singular e indemostrable, y pertenece al orden de la comprensión y de la gracia, de lo gratuito.

Este contexto es el marco del movimiento que va de Freud a Viktor von Weizsäcker, el que Mario Varela asume en su ejercicio médico y del que da cuenta en la obra en que lo expone. Es el tránsito de la medicina del naturalismo al humanismo, el nacimiento de la Antropología médica, que consiste en la introducción del sujeto en el objeto.

“El movimiento de los seres vivos, el que está en contradicción con las leyes de la mecánica, ya que esta considera a todo movimiento como originado desde fuera en causas naturales externas, no conoce un movimiento originado por sí mismo y en sí mismo, como es la automovilidad propia de los seres vivos. Cuando se percibe un objeto que se mueve por sí mismo se admite la existencia de un ser activo por sí mismo y que se mueve para sus propios fines se trata, entonces, de un objeto que habita un sujeto”. Por eso von Weizsäcker propone que la ciencia médica, para

constituirse como un saber adecuado a su tema, se articule con una Antropología médica.

Pero no pocas veces la propuesta de von Weizsäcker se entiende mal, porque, como manifiesta el doctor Varela, se le da la prioridad y el protagonismo a la psique personal y se posterga la naturaleza universal. Ese es el malentendido más frecuente en la articulación de naturalismo y humanismo, entre soma y psique, que incurre en la misma parcialidad del naturalismo, pero de signo contrario.

“Es en el círculo figural donde von Weizsacker reconoce la objetividad de la ciencia y la subjetividad del paciente. La objetividad de la ciencia y la importancia que ha tenido en el progreso de la medicina es por él reconocida constantemente, pero al mismo tiempo considera que la introducción del sujeto en el objeto cambia todo en la medicina, pero no significa en modo alguno que la objetividad sea restringida sino que lo importante es la relación entre ambas”.

El hombre vive en un medio por el que es afectado en su integridad psicosomática, y a la vez, reacciona sobre ese medio como unidad viviente íntegra, no como organismo o como psiquismo.

“De acuerdo a von Weizsäcker, en la medida en que un ser vivo se inserta en un medio, por su movimiento y su percepción, este movimiento y esta percepción forman una unidad, un acto biológico. El acto biológico es un círculo de la forma, esta sería una estructura esencial del acto viviente comprendido páticamente. Con este concepto ilustrativo se expresa que lo vivo en la medida en que se modifica también vuelve sobre sí mismo, va de lo óntico a lo patico. El sujeto en su mundo es el mismo, pero al mismo tiempo es un ser cambiante, de modo que es el mismo y al mismo tiempo no es el mismo”.

El sujeto en su mundo es el mismo, pero el medio le afecta hasta el punto de que la integración de ese mundo en sí mismo lo cambia, lo cual le lleva a comportarse de una manera peculiar, que a su vez afecta también al mundo.

Más en concreto, el mundo familiar y social que afecta a la persona singular, queda integrado en la totalidad de esa persona, la cual, a su vez, mediante su comportamiento, tiene unos efectos que alteran también el mundo familiar y social.

En la doctrina general de la hermenéutica, Gadamer le da a este círculo el hombre de “historia de la conciencia efectual”. La describe como proce-

so en el que el sujeto consciente es afectado por el medio en lo que se llama comprensión, y el medio es afectado por esa comprensión que acontece en el sujeto consciente. Tanto si la comprensión es adecuada como si es inadecuada, porque de ella se sigue un comportamiento, un modo de ser del sujeto.

Los procesos de metabolismo y homeostasis, con los que se define el comportamiento de los seres vivos en el medio natural desde Claude Bernard, proporcionan también claves para explicar y para comprender el comportamiento de las personas singulares en el medio cultural.

Mario Varela expone los factores estructurales básicos de la existencia humana, los que Heidegger llama “existenciaros” y describe como preocupación o cura, comprensión, o autenticidad, y los ajusta a la práctica clínica con las denominaciones de carácter, destino, libertad y honestidad.

La biografía humana, el tiempo de vida humana, es el ámbito de la autorrealización personal, que consiste en afrontar las posibilidades y requerimientos del medio social, según las propias capacidades, las aspiraciones y valoraciones más propias del sí mismo.

Esta autorrealización puede resultar fallida, y el fallo puede quedar registrado en la integridad de la persona en la forma de enfermedad, disfunción, etc. Cuando es el caso de una autorrealización fallida, puede aparecer una disfunción o una enfermedad fisiológica, que puede ir asociada con formas de huida de sí mismo por parte del paciente, que son formas de autoengaño.

Con cierta frecuencia se da un escamoteo de la verdad ante uno mismo, un autoengaño, porque nadie puede representarse a sí mismo como impresentable. En ese caso, si la enfermedad somática está generada o reforzada por una actitud subjetiva de huida de uno mismo, es probable que si se cura la disfunción o la enfermedad fisiológica, reaparezca luego nuevamente, promovida por la actitud interna deshonestas, que se mantiene oculta al sujeto.

Mario Varela propone algunos casos clínicos, para que se pueda advertir mejor la forma del autoengaño, y luego, siguiendo a von Weizsäcker, propone el símil con una partida de ajedrez, para que se comprenda el sentido de la práctica terapéutica.

La práctica terapéutica transcurre frecuentemente como un juego entre dos actores, el paciente en su integridad y el médico aliado con él, por una parte, y por otra parte el paciente que se está engañando a sí mismo.

“El jugador de ajedrez no es, ciertamente, un investigador, pero es tanto un “observador” como un “teórico”. Esto no quiere decir que explique las jugadas del adversario por la teoría, reglas del juego, cálculo, lo que es esencial es que las suponga y espere a ver si sus previsiones se confirman o no, porque es esencial que las conjeture y que espere luego hasta saber si el resultado es el que conjeturó. Si las supiera no habría partida; si no fuera posible la conjetura, no habría juego. La ejecución del juego hallase vinculada, por tanto, a la observación de las reglas y a la libertad de la jugada; esto es, al enlace entre conjetura y observación, y no a la de una causa y de un efecto conforme a una ley. Yo no puedo ser a la vez jugador y adversario, y solo si quedo bajo una condición estricta, la indeterminación de la contrajugada, sólo entonces puede llegar a efecto el juego. Esta incertidumbre parcial es la condición real de tal acontecer. Podemos hablar, pues, de un indeterminismo metódico en la génesis de esta clase de realidad.

Médico y enfermo, y lo que realizan juntos, están sujetos a ciertas reglas conocidas del juego, que son también leyes de la naturaleza. En este caso también se conocen las posibilidades, pero no las decisiones; se piensan diferentes planes, pero sólo la decisión muestra si la realización corresponde o no a la previsión.”

El médico y el enfermo se enfrentan como dos jugadores de ajedrez y el médico desarrolla sus habilidades conjeturando bien con el fin de ganar la partida, que curiosamente es ganada por el paciente que se mejora, en este ejemplo vemos como el adversario es amigo.

El juego de ajedrez ejemplifica bien cómo se articulan en la antropología médica las leyes de la naturaleza con el carácter singular, único e irrepetible, del paciente, y con su libertad, cómo se articulan el saber científico natural del médico con su prudencia política, psicológica y moral, y con su pericia artística, y como se articulan la acción del paciente y del médico en un juego y una acción dramática cuyo final feliz es ganar la partida a favor del paciente.

El médico aparece así como un guía espiritual para cierto tipo de dificultades y problemas que surgen en la biografía como proceso de autorrealización de la persona.

Al final, si se gana la partida, el planteamiento médico es, como señala Mario, ¿cuál es el otro modo de opción y de desarrollo existencial viables, que verdaderamente calza con la vida de este sujeto? Entonces el paciente

exclama un ¡ah! , por consiguiente le debemos decir, es de este otro modo y no como usted había intentado hacer su vida, o sea, se trata de llevarlo a su verdadera decisión, aquella que más convenía con su carácter, con los medios, con las instancias de su personalidad de las cuales disponía.

Este modo de enfrentar la enfermedad en von Weizsacker es una diferente actitud frente a la enfermedad. En la enfermedad psicósomática, buscar una causa de la enfermedad es muy diferente si busco un sentido. En la enfermedad psicósomática puedo explicar la patogénesis, pero comprenderla significa encontrar el sentido.

Así vista la enfermedad, puede ser el modo que tiene el paciente de solucionar un conflicto, por eso el médico debe tener siempre presente que si el conflicto vital no está resuelto, cuando la enfermedad por acción de la medicina mejora, el paciente puede “hacer” otra enfermedad, porque el conflicto biográfico perdura, la mejoría no significa entonces que se haya recuperado la salud. Cuando esto sucede significa que no se ha conjugado correctamente el pentagrama patológico.

Hay mucha ciencia, mucho arte, mucha sabiduría, mucho tacto y mucha humanidad en la clínica de Mario Varela, y en el libro en que expone la aplicación de su saber al servicio de los pacientes durante más de cincuenta años.

Mario se merece el premio de Maestro de la Psiquiatría Chilena, y de maestro de la psiquiatría universal. Es una suerte para todos los hombres que podamos contar con un libro en que se recoge y se da testimonio de tanta humanidad